

Mario Osses

Noticiario

«LUZ DE AYER», de Roque Esteban Scarpa, Santiago. 1951.

En especie de prólogo pospuesto—a la manera del que celebramos en *Tala*—lleva a cabo nuestro autor recuento estimativo de su obra junto con amonestarnos sobre las razones que tuvo para ofrecernos esta nueva.

Coincidimos en esencia con los juicios de la crítica, sobre todo en lo que se refiere a la decantada cultura literaria de Roque Esteban, y en especial la española de oro. Caso interesante en la poesía chilena el de este profundo gustador y conocedor del lirismo de un Quevedo y de un Góngora, de un Garcilaso y un Fray Luis, de una Santa Teresa y un San Juan de la Cruz.

Hiere el autor de *Mortal mantenimiento* con esa angustia conceptual que empujara hasta la estridencia a Quevedo. ¿Cómo no recordar al clásico apasionado que rebela contra el morir erótico:

«polvo he de ser, mas polvo enamorado»

si este amador es de pareja fibra y a pesar de que inicia el canto gimiendo «Mi sangre es niebla y el amor desierto» no cesa y reconoce que se halla «embriagado de amor perecedero»?

En *Luz de ayer* se recorren castizos caminos.

Hay la gustación de la vida y el goce de la muerte al hispánico modo. Se ama el fuego y la ceniza, se es «aprendiz de la muerte y sepultura», pero también «mortal amante en el morir seguro». Fray Luis sentíase aherrojado en la cárcel del cuerpo que no le permitía tocar la raíz absoluta del conocer; nuestro poeta es prisionero esencial de la sensibilidad que anhela su trascendencia erótica sin eximirse del destino de carne y sangre anejo a la humana condición. El primer soneto del libro fragua cabal esta agonía, este duelo paradojo de perseguir eternidad en lo acabadero:

«Amante vuelvo y de llorar maduro,
argos de llanto vuelvo y soledades,
ceniza amante alzada en claridades,
mortal amante en el morir seguro.

Cautivo ando en este cuerpo y muro
cayéndome en su carne a tempestades,
herido de ser hombre, y por mitades
rebelde tierra y ángel que figuro.

Cornamenta de avispa es mi día;
vestido voy de tiempo y antifaces
y debajo del rostro la agonía.

Muriendo anda la sangre en mi figura,
muriendo vuelvo, sueño, donde yaces
aprendiz de la muerte y sepultura».

Poesía de elegante castigo, que suscita y propaga las excelencias expresivas de un idioma, cuyos altos cultores exigen talento en la ponderación. La antítesis y el zeugma, la inversión y la elipsis, el retruécano y el equívoco piden conciencia vigilante. Si agregamos la vivencia hirsuta y retorcida propia del estilo barroco, no es mucho que sus valoradores cuenten por gotas.

Enriquecen la perspectiva de Roque Esteban poetas como Neruda, Lorca y Aleixandre, tres temporalistas de pulso más o menos angustiado y selecto. Todos tres se atienen a muerte de bulto, a esa que Scarpa sabe magistralmente cuando dice «Cautivo ando en este cuerpo y muro—cayéndome en su carne a tempestades»; y los tres significan en compacta gradación lo impuro, lo agudo y lo tenue sereno de la caducidad terrena. *Luz de ayer* es obra insistente en el tránsito, en la fuga temporal; por veces recama el acento con fulgores albertianos o lo ciñe con la aristocracia sáfico-adónica de Villegas.

En este libro hay prosa de calidad en algunos fragmentos de novela y un poema dramático de cristiano simbolismo; pero de cuanto pueda espigarse en su fructuosa lectura, nos atenemos a ese delicioso poema, tan clásico y nuevo, por que recordaremos siempre *Luz de ayer*: «Yo he nacido, amor. . . »

«Yo he nacido amor, para quererte,
y siempre es tiempo.

Tengo vibrantes rojos desvelados,
y siempre es tiempo.

Ramos de sangre y codiciosas llamas,
y siempre es tiempo.

Claveles y cristales desmedidos,
y siempre es tiempo.

Soy un granado de suicidas frutas,
de piel amarga y encendidos granos.

Yo he nacido, amor, para tenerte,
y siempre es tiempo.

Respirar tu enlutado aire de luna,
y siempre es tiempo.

Besar tu rostro de rocío tierno,
y siempre es tiempo.

La intacta soledad se moriría
entre caricias y gemir de voces.

Yo he nacido, amor, para perderte,
y siempre es tiempo.

Muerta noche que viene entre la ausencia,
y siempre es tiempo.

Ceniza de tu labio en mi recuerdo,
y siempre es tiempo.

Nardo de angustia despertando agrio,
y siempre es tiempo.

Nace un viento de sombras que solloza,
marchitando el laurel y los luceros.

Mas siempre es tiempo,
que entre la luz oscura y detenida
bese amoroso tu perfil moreno.

Bello y trágico poema en su desnuda sensualidad,
en su evocación de inmediata presencia. Sí. Claro que
sí. Siempre es tiempo:

«polvo he de ser, mas polvo enamorado...»